

Capítulo 10 - Luces pálidas

- Capítulo 10 - Luces pálidas

Capítulo 10 - Luces pálidas

Era un camino antiguo, desgastado por los elementos de manera similar a cómo los cangrejos mordisquean un cadáver, pero había resistido bastante bien.

Lo bastante como para que su avance por la llanura fuera rápido, aunque dos de los integrantes del grupo ya no eran jóvenes. Vanesa se encontraba en mejor condición que Franchó, cuyo resfriado volvía a aparecer con frecuencia, pero Tristan aún apostaría por el anciano desdentado en una pelea: ella había confesado sinceramente que, sin sus gafas, podría estar casi ciega. En realidad, pensaba el ladrón, todo esto va demasiado bien. Según el reloj de bolsillo de Vanesa, ya era pasada mediodía, y no habían visto ni rastro ni señal de un lemur. Sin embargo, mientras Tristan empezaba a mostrarse inquieto, la mayoría de los demás se estaban volviendo despreocupados. La conversación trivial así lo indicaba claramente.

“Es una locura pensar que haya un camino aquí en medio de la nada”, dijo Aines, sacudiendo la cabeza. “¿Quién lo habrá construido?”

Yong lideraba en la parte delantera y Lan en la trasera; la gemela afligida no tenía ánimo para compañía, pero el resto del grupo avanzaba de manera dispersa, en un orden raro. La sensación era más parecida a un paseo vespertino que a la peligrosa travesía en la que en realidad estaban inmersos, aunque no valía la pena tratar de imponer disciplina a aquel grupo. Hasta en dos ocasiones, Yong y Tristan intentaron apurar a la gente para formar una fila ordenada, pero el esfuerzo se deshacía en menos de quince minutos, ya que cada uno iba por donde le parecía. Aunque eran los más en forma del grupo, junto a Sarai, su autoridad se agotaba pronto.

“Algún emperador, seguro”, dijo su esposo, rascándose el brazo. “Supongo que los infanzones sabrían cuál, considerando que Sacromonte fue la antigua capital.”

Francho soltó una carcajada, ganándose una mirada poco amistosa.

“¿Qué le parece divertido, anciano?” preguntó Felis.

“Sacromonte fue un puerto regional, nunca la capital del Segundo Imperio”, le aclaró Francho. “Ese honor correspondió primero a Liergan, y luego a Tamaria después de la Crisis Vituperiana, y-”

Felis reunió bramando saliva y escupió hacia un lado, directamente en la hierba alta. Hubiera sido difícil no advertirlo, dado que alcanzaba hasta sus hombros.

“Estás lleno de tonterías”, dijo Felis. “Todo el mundo sabe que Sacromonte fue la joya del antiguo imperio.”

“Uno siempre parpadea primero cuando mira de frente a los ciegos”, suspiró Francho, luego tose entrecortadamente.

Aunque no participaba en esta disputa, el ladrón intervino. Lo mejor era no dejar que esto se convirtiera en una bronca demasiado grande.

"Eso es de Chabier, ¿verdad?", preguntó Tristan, ladeando la cabeza con interés. "Una de sus Reflexiones Históricas."

El viejo asintió, mostrando una sonrisa radiante.

"No es el historiador más diligente, pero tenía talento con las palabras", dijo Francho. "¿Estudiaste su obra?"

Lan soltó una carcajada gruesa desde el fondo.

"¿Crees que parece un estudiante, viejo?", se burló la mujer con los labios azules.

"Leí los dos volúmenes", contestó Tristan con calma, "pero nunca pude conseguir los demás."

Regalos de su maestro, quien había seleccionado la mayoría de sus lecturas por ser quien le proporcionaba los libros. Fue su madre quien le enseñó a leer y escribir; su padre nunca tuvo tiempo, pero su educación en gran parte había sido un acto de generosidad de la Abuela. Por eso estaba llena de huecos, ya que ella solo aparecía ocasionalmente y no se interesaba por lo que se consideraría estudio común, pero había descubierto que la naturaleza ecléctica de lo que aprendió tenía sus ventajas. Saber un poco menos y un poco más de lo que deberías hacía que fuera difícil de predecir.

"Los últimos tres de los diez solo están impresos en el Reino de Izcalli," le dijo Francho. "Incluso cuando enseñaba en Reva no podía conseguir copias."

Tristán reaccionó con sorpresa y no era el único.

"¿Eras Maestro en la Universidad de Reva?" preguntó Sarai lentamente, como si no creyera lo que oía.

Al igual que él, ella probablemente se preguntaba qué haría un hombre tan erudito en el Dominio de las Cosas Perdidas. Aunque otros Maestros de Reva decidieran echarlo, la mitad de los infanzones de la ciudad estarían peleando por tenerlo en su hogar como tutor. La universidad podía estar junto a Sacromonte, pero no dentro de sus límites, por lo que los sabios no estaban sujetos a los infanzones: no podían simplemente ordenarlos enseñar a jóvenes nobles despreocupados.

"De filosofía moral," confirmó Francho, "aunque confesaré que siempre preferí la historia. Dejé la universidad tras tener algunas desavenencias con nuestra rectora sobre un asunto de estudios."

"Estoy seguro de que no tuvo nada que ver con los libros con los que pagaste a los cloaks negros," dijo Lan, sonriendo de manera apenas perceptible. "¿Eran de la biblioteca de Reva?"

El anciano se indignó.

"No soy un ladrón," siseó Francho, "yo—"

Se desplomó en una tos intensa y húmeda, momento en el cual Yong encontró la mirada de Tristán. Sin decir una palabra, el exsoldado dejó claro su sentir: esto se estaba poniendo demasiado ruidoso. El ladrón inclinó la cabeza en señal de asentimiento hacia Lan, ofreciéndose a encargarse de ella y obteniendo una respuesta afirmativa. Se permitió retrasarse, uniéndose casualmente a la hermana solitaria en la parte trasera. Los gemelos Meng-Xiaofan habían sido impecablemente arreglados cuando llegaron por primera vez a la Campanilla Azul, con sus ropas azules recién lavadas y sus pantalones de la Ciudad sin una sola arruga, pero eso ya era historia antigua. La ropa estaba arrugada, los labios teñidos de azul de Lan reseca por el llanto y el lado de su cabeza, antes afeitado para contrastar con la coleta, ahora grueso de vello. Mantenía una máscara de calma sardónica, pero la expresión en sus ojos recordaba a Tristan a un cristal roto.

"¿Vienes a regañarme, Tristán?" sonrió Lan. "Debe haber sido una muy mala chica."

"Estás tocando la cuerda," dijo Tristan. "No voy a negar mi dolor—"

"Qué amable de tu parte," interrumpió con dureza Lan.

"—pero eso termina ahora," terminó en silencio. "No podemos seguir peleando."

Habían tenido la suerte de evitar lemures hasta ahora, su truco con el extracto de piedra de lodestone había funcionado mejor de lo que había esperado, pero a cada paso se alejaban más de la fuente de esa suerte. Solo era cuestión de tiempo hasta que bestias o cultistas los encontraran, pero no aceleraría esa inevitabilidad haciendo ruido en medio de un camino abierto. No estaba seguro de cuánto absorbía el césped alto el sonido y no quería apostar a esas altas probabilidades.

"Eres un hombre fuerte y grande," sonrió ella. "¿Vas a apuntarme con tu pistola ahora?"

"No," respondió tranquilamente el ladrón, sosteniendo su mirada. "Voy a golpearte hasta dejarte inconsciente, luego te cortaré la pierna para que no puedas alcanzarnos y la sangre atraerá a los lemures lejos de nuestro rastro."

Comenzó a reírse en su cara, pero al observar su expresión, el sonido se apagó y tragó saliva. Había descubierto la verdad que él había dejado entrever: que quería decir cada palabra. Le debía una deuda por su ayuda en el campamento, cuando la multitud estuvo a punto de volverse contra él, pero eso tenía sus límites.

—Los demás—

—No tienen más remedio que quedarse, aunque desapruében—

Lan lamiéndose los labios agrietados.

—Me debes—

—Cierto, no soy una estudiante— respondió Tristan con afabilidad— pero tampoco soy Malani. ¿Crees que me importa cuánto vale una deuda, Lan? ¿Lo suficiente como para arriesgar mi vida?

Ambos conocían la respuesta, por lo que la mujer se enderezó con alarma, su ira siendo reemplazada por un temor mucho más inmediato. Bien. Ahora era momento de ver qué podía obtener de ella mientras estaba a la defensiva.

—Todavía soy útil para ti— dijo Lan.

—Han pasado días y Felis no ha entrado en abstinencia— reconoció Tristan— así que debes tener polvo escondido. Eso te hace útil, no tú. Inténtalo de nuevo.

Ella se estremeció ante el recordatorio tácito de que Angharad Tredegar estaba muy lejos de aquí y ninguno de los que componen esta tripulación se arriesgaría a hacer el papel de héroe por ella. Las pertenencias de Lan eran solo suyas mientras nadie quisiera arrebatárselas. La ex vocalista de Meng-Xiaofan apretó los dientes.

—Sé cosas— finalmente dijo—. Ju y yo investigamos a otras personas.

Tristan arqueó una ceja, expectante.

—Esa chica llamada Song que se fue con los infanzones, su apellido es Ren y es de Jigong— reveló Lan.

Ella se detuvo allí, como si eso debiera significar algo para él.

—¿Eso qué significa?— preguntó él.

Ella suspiró.

—Que está maldita— dijo Lan. —Su familia, su clan, son responsables del Oscurecimiento.

Le tomó un momento entender qué era eso.

—¿El Luminary que se rompió hace unas décadas?— preguntó.

Lan rodó los ojos, asintiendo en confirmación.

—Malditos— se quejó—. Siempre dando vueltas como si Sacromonte fuera el corazón del mundo.

Tianxia era una de las tierras más ricas de Vesper, no solo por su comercio sino también por sus extensos campos de cereales, bañados en luz incluso a cientos de millas de las ciudades. La maquinaria detrás de ese milagro se llamaba Luminaries, grandes conductores de espejos situados en el firmamento que conectaban la Claridad con torres en el corazón de las repúblicas fundacionales de Tianxia. Solo que había nueve Luminaries y diez repúblicas, por lo que cada cinco años se realizaba una lotería para determinar qué república permanecía a oscuras. El Oscurecimiento fue un desastre tal que se discutió en otros confines del Mar Trebian, porque de

alguna manera, la República de Jigong había dañado uno de los conductores en el firmamento, reduciendo a ocho el número de Luminaries funcionales.

Desde entonces, Jigong había sido excluida de la lotería, condenada a permanecer en la oscuridad.

—Eso habría ocurrido antes de que ella naciera— señaló Tristan.

No tenía claro el año exacto del Oscurecimiento, pero era al menos hacía tres décadas y Song Ren apenas parecía mayor que él.

—La mitad de los funcionarios de Jigong maldecían a los Ren tras el Oscurecimiento— resopló Lan—. Eso significa cientos de dioses y un odio que recorrerá toda una línea de sangre.

Le tocó a él poner los ojos en blanco, ya que la Ortodoxia Cathayana era famosa por su superstición, una consecuencia inevitable de permitir que los dioses participen en los exámenes que elevan a uno en la burocracia de las repúblicas. Como decía el refrán, si cierras la puerta a un Tianxi, culparás a nueve dioses.

—Song Ren trae mala suerte— dijo con un encogimiento de hombros—. Bien, ¿eso es todo?

Lan frunció el ceño, claramente ofendida por su indiferencia.

—Esa noble de Asphodel, Acanthe, tiene algo que ver con cadáveres— afirmó.

Eso llamó su atención y no se molestó en pretender lo contrario. Había conversado con Acanthe Phos durante un tiempo sin que en ningún momento le diera indicios de lo que podía estar ocultando en su manga.

"¿Qué encontraste?"

"Miramos dentro de su bolso en el Bluebell," dijo Lan. "Tiene una pequeña caja con huesos, fragmentos rotos y algunas agujas delgadas."

No podía ser solo eso, pensó, de lo contrario Lan habría dicho que el contrato tenía que ver con huesos y no con cadáveres. Al recordar las acciones de Acanthe desde que dejó la nave, solo una le pareció inusual.

"¿Estaba recolectando cenizas de cadáveres de las piras, no es así?" preguntó. "Cuando inspeccionaba con el resto de la tripulación de Tupoc."

La ex vendedora de Meng estrechó los ojos hacia él.

"Recogiendo con las manos desnudas," dijo Lan. "¿También estabas investigándola a ella?"

"Tupoc, pero llamó mi atención," admitió Tristan.

Ella asintió en señal de acuerdo y luego le lanzó una mirada lateral.

"Eso basta para demostrar que valgo la pena," declaró ella.

"Tienes más," adivinó Tristan, y por la expresión cerrada en su rostro tenía razón.

"Y las guardaré, en caso de que tengamos que tener otra de estas conversaciones agradables," respondió Lan con serenidad.

Él pensó que quizás podía sacar un poco más si la presionaba, pero decidió que no valía la pena quemar el puente por completo. Esto sería suficiente.

"Vales la pena," concedió el ladrón.

Su expresión de victoria nunca llegó a florecer por completo.

"Mientras no la provokes," concluyó él.

La dejó meditando en eso, poniendo un paso ligero para alcanzar a los demás. Tristan pensaba en ir al frente y hablar con Yong, ya que habían estado caminando toda la mañana y era más sensato tener un plan mejor que huir hacia adelante, pero, por desgracia, eso no ocurrió.

"Estoy aburrido," anunció Fortuna.

Se mantenía a su lado sin molestarse en fingir que caminaba, una visión sumamente incómoda para sus ojos. Se sentía mal, como si el mundo mismo fuera una ilusión que lograba vislumbrar. La diosa lo sabía muy bien y solía usar esa percepción para jugarle sucio cuando sentía que las cosas se volvían demasiado monótonas. Aún no caminaba en la dirección equivocada, la que ella avanzaba, lo cual era un alivio. Eso le ahorra dolores de cabeza gota a gota.

"Estoy algo escaso de opciones de entretenimiento aquí," murmuró Tristan, fingiendo rascarse la cabeza. "¿Qué quieres?"

"Ve a molestar a Sarai," sugirió Fortuna de inmediato. "Es divertida."

Al menos no se había llevado a una pareja unida, muchas gracias a los dioses por eso. Solo a otros dioses, porque se negaba a darle a Fortuna algún tipo de gratitud por ser una sombra menor que solo le fastidiaba la vida. Mirándola con cierta medida, Tristan decidió que estaba en uno de esos estados de ánimo que mejor no desafiar. Sarai sería. La falsa Raseni estaba cerca de la cabeza del grupo, conversando con Vanesa, pero la anciana le lanzó una sonrisa conchep y fingió dejarles la conversación. Ella interpretaba mal la situación, pero no vio por qué corregirla cuando la confusión le beneficiaba. Era difícil saber si Sarai había notado algo, bajo el velo y la máscara, pero sospechaba que no.

Según las manchas oscuras de sudor alrededor de las axilas y la espalda de su vestido gris y grueso, ella parecía estar algo distraída.

"¿Cuántas capas llevas debajo de eso?" resopló él. "No hace tanto frío afuera."

El clima tebriano, como se le llamaba, suficientemente fresco para un abrigo en el viento, pero implacable con los atuendos más pesados cuando se llevaba fuera.

“Todo este maldito mar es un caldero hirviendo,” gruñó Sarai, con esa leve acento que volvía a adornar su voz. “Es un milagro que los Raseni no sean todos cascarrones secos, llevando tanto como llevan.”

“El clima es más fresco alrededor de su isla, oí decir,” comentó él. “¿Lamentas el disfraz?”

“No me molesta cuando me muevo, solo el calor es lo que molesta,” suspiró Sarai. “Permanecerá así.”

“O podrías quitártelo,” sugirió Tristan. “No tengo ni idea de qué intentas esconder, pero ¿acaso realmente hay alguien aquí a quien valga la pena ocultarle cosas?”

Hacía un gesto en torno a ellos, esa valiente alianza de restos que eran.

“Tienes razón,” afirmó Sarai.

“¿Sí?” replicó él, algo sorprendido.

“No tienes ni idea de qué intento esconder,” respondió ella con intención.

Fortuna guasoteó fuerte en su oído, lamentando haber obtenido su contraprestación tras haber sido una pestilente molestia. Aún así, no podía permitir que la pisotearan demasiado.

“Digamos que un poco más que ninguna,” cuestionó él, encogiéndose de hombros. “Acabas de admitir que no naciste en la orilla del Mar Tebriano.”

Le lanzó una mirada fija a través de la máscara. ¿No había notado eso?

“No sueñas a malani,” continuó, “así que supongo que eres del Imperio Someshwar. ¿Alguna zona interior, o quizás de los pueblos en la Costa de la Torre?”

El final fue pura pescadería y ese velo no reveló nada. Sin embargo, sus ojos no mostraban ni una pizca de preocupación. Había fallado el tiro.

“Eres demasiado entusiasta en la búsqueda de secretos ajenos,” reprochó Sarai, “pero deberías cuidar mejor de los tuyos.”

“¿Secretos? No hay ninguno, soy tan abierto como un libro,” mintió descaradamente Tristan. “Pregúntame lo que quieras.”

Lo observó un momento, luego hizo un gesto de asentimiento.

“Si insistes,” dijo Sarai, inclinándose más cerca. “¿Quién te pagó para matar a los hermanos Cerdan? Supongo que algún infanzón que intenta llegar a Ruesta.”

Fortuna exclamó feliz mientras su sangre se helaba, esa incómoda sensación de haber sido vista a través apretándole la garganta otra vez, por lo que la rata sonrió amplia y luminosamente para ocultarlo.

“Me estás entendiendo mal, amigo mío,” respondió Tristan.

“¿De verdad?” burló Sarai.

¿Hasta qué punto sabía ella? ¿Solo había notado una coincidencia y empezó a pescar, como él? Yong no le preocuparía por matar a Recardo, había aceptado la idea con franqueza, pero el ex soldado quizás no compartiera el mismo entusiasmo por tener a los infanzones como enemigos declarados. Y si Tristan perdía al veterano, también perdía a esta tripulación: solo, no tendría autoridad para afirmar nada. Sarai seguro sabía esto, pero no le amenazaba ni intentaba aprovecharse de ello. Tal vez ella no sabía tanto como supuso o simplemente no le importaba. Desde las costas del Mar Tebriano, se recordó a sí mismo. ¿Solo le importaban poco las rencillas insignificantes lejos de su tierra? Su silencio empezaba a extenderse demasiado, pero la indecisión le impedía hablar.

“Acepta la apuesta,” susurró Fortuna en su oído. “Ella tiene manos iguales, Tristan. Te ha medido en cada tramo.”

Su diosa podía ser una tonta en muchos aspectos, lo sabía, pero a veces sus ojos veían con verdad. Sarai había sido escrupulosamente justa en cada trato, dando tanto como recibía. Si confiaba... Va en contra de todos sus instintos, las enseñanzas de los años que pasó solo, con solo la fortuna cambiante como compañera. Cuando alguien tiene un cuchillo en la garganta, le enseñó Abuela, debes destruirlo o hacerte amigo. Y si había aprendido algo de Fortuna, era que a veces las altas probabilidades se llevaban el premio. Tragó grueso al tomar una decisión, la boca seca, y esquivó una sonrisa de triunfo.

— Lo haces , — afirmó con firmeza. — ¿Yo, un asesino? Que Dios me libre de tal pensamiento.

Sarai resopló, pero la risa se quedó atrapada en la garganta cuando él siguió hablando.

— Nadie me pagó, por lo que, más precisamente, sería un homicida.

Ella se ahogó con esa declaración, aunque la sorpresa no la dejó en silencio por mucho tiempo.

— ¿Me estás diciendo — logro decir Sarai — que ni siquiera tienes un empleo digno?

— Lamento decir que no.

— Eres una profunda decepción, Tristan — le anunció solemnemente. — Pensé que eras un hombre de recursos.

— Ay, solo tengo métodos — confesó él.

Ella soltó una risa tranquila y feliz ante eso. Algo similar a una sonrisa se asomó en los labios de él, mientras la emoción y el alivio por la suerte de las pocas probabilidades lo recorrían con un cosquilleo en el cuero cabelludo. Y tal vez algo más que eso. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que encontró tan fácil conversar con alguien?

— ¿Vas a decirme por qué? — preguntó Sarai con indiferencia.

— ¿Vas a decirme tu verdadero nombre? — respondió él con igual indiferencia.

— Creía que los hombres Sacromontanos eran titanes de la galantería — se quejó ella.

Podía escuchar la mueca.

— Esa es la Malani — le informó él.

— Entonces, de dario. —

— El Izcalli.

— ... ¿encanto?

— Tianxi — arrastró Tristan — y si piensas que no tengo una frase trillada para cada rincón de Vesper, entonces seguramente has pasado poco tiempo entre marineros.

— ¿Ves? — exclamó ella entusiasmada. — ¡Qué riqueza de inutilidad! ¡No estás tan desfavorecido después de todo!

Tragó una sonrisa, seguro de que ella hacía lo mismo bajo el velo. Y, como había dado confianza, también recibió confianza a cambio.

— Pronto será necesario trazar un plan si queremos mantener unida esta tripulación — dijo Sarai.

— Tengo algo que podría ser útil para ese fin.

Le levantó una ceja en señal de interés.

— Song Ren tiene en su poder un mapa de la isla — dijo la falsa Raseni. — Confíe en mí, obtuve una buena mirada de él.

Tristan respiró profundamente.

— ¿Qué tan buena es tu memoria? — preguntó.

— Buena — respondió Sarai — pero no importa.

Le sostuvo la mirada con firmeza.

— Hay un Signo que permite captar una imagen y guardarla en la mente.

Medida por medida, había dicho Fortuna, y sus ojos dorados lo confirmaron. Ese era el secreto que Sarai había guardado en la manga, la razón por la que solo llevaba un cuchillo como arma. Como Leander Galatas, conocía las artes extrañas de la Gloam, pero a diferencia del marinero, ella había mantenido esa habilidad en secreto con cuidado. Él asintió lentamente, reconociendo la valiosa información que ella le había entregado. La seriedad repentina de esa confesión, después de su charla despreocupada, lo dejó extrañamente avergonzado, como si hubiera hablado demasiado cerca de una tumba, por lo que se apartó para hablar con Yong sobre organizar una pausa. Sarai inclinó la cabeza en señal de aprobación, casi solemnemente, y él respondió con un gesto similar.

Parecía una promesa, aunque aún no sabía de qué.

Lo que empezó como una excusa terminó siendo realidad, cuando Yong señaló que Felis y los de cabello gris comenzaban a disminuir la velocidad. Detenerse a comer y descansar mientras se elaboraba un plan sería conveniente para todos. Media hora después encontraron un lugar adecuado para descansar, unas ruinas dispersas junto al camino. Era una corta caminata en la hierba alta hasta alcanzarlas, los tallos se apartaban para revelar piedra semienterrada. Lo que Tristan creía que era un techo curvado surgió del suelo en una pendiente suave, con estatuas que ahora eran solo golpes desgastados en círculo alrededor de él. La estructura sirvió de cómodo asiento y, desde el borde más alto, pudo apreciar cómo la hierba se extendía a su alrededor.

Escuchó las disputas de la pareja casada, Aines y Felis sin saber que su decisión de retirarse por el techo a discutir lo dejaba a una docena de pies por encima de ellos y fuera de su vista.

“- solos,” insistía Felis. “Solo necesito hacerle unos favores a Lan, ella proporcionará suministros para nosotros y-”

“Quieres decir que ella te dará polvo,” soltó Aines con voz cortante. “No pienses que no me he dado cuenta, Felis.”

“Eres quien debería hablar,” replicó duramente su esposo. “¿Cuánto estuvo en el barco antes de empezar a apostar?”

“Si hubiera ganado-”

“Nunca ganas,” susurró él con ira. “¿Cómo crees que terminamos aquí?”

“¿Cómo?” siseó ella en respuesta. “Te diré cómo: tu tío te echó después de que empeñaste sus herramientas para pagar otro paquete de cigarros.”

“No soy yo quien jugó a los dados usando la cama de los niños como garantía, Aines,” gruñó él. “Solo fui yo quien tuvo que decirles por qué dormían con las mantas en el maldito suelo.”

“No voy a irme con los otros,” dijo Aines de repente. “Habla todo lo que quieras, así es como son las cosas.”

“Tendríamos más suerte por nuestra cuenta,” maldijo Felis. “Lo sabes. Es algún chico y el Tianxi quienes mandan, seguro que la cagan. Tú y yo, sin embargo-”

“¿Por qué quieres que me vaya tanto, Felis?” preguntó Aines en silencio. “¿Qué te dijeron en esa habitación, cuando nos separaron?”

Un silencio.

“¿Qué te dijeron, que ya no confías en mí?”

Compraron asientos ambos, recordó Tristan. Quienquiera que fuera que debía pagar sus deudas jugaba esa especie de juego rojo, una de esas apuestas crueles que los gemelos también le habían advertido. Sea cual fuera esa apuesta, era lo que estaba empeorando aún más la situación, que ya de por sí era fea. No se pueden confiar en ellos para nada, decidió. Solo un modo de reforzar sus números, en el mejor de los casos, pero probablemente una mecha larga ya encendida antes de que nunca pusieran pie en la Bluebell. Podría haber espiado más si hubieran seguido hablando, pero Yong llamó a todos a reunirse en la base del techo. Tristan comió rápidamente sus raciones y se apresuró a bajar, llevando su **cantimplora** consigo.

Antes de subir a comer, había hablado en silencio con Yong y Sarai. Los dos estaban ahora frente a los demás, como se había acordado: el exsoldado en pie, mientras que su otro aliado se agachaba para dibujar en la tierra con una ramita. Era un boceto rudimentario, pero con la linterna colocada al lado podía distinguir con facilidad la forma de la isla y su ubicación: una línea recta desde los muelles donde habían desembarcado, a una cuarta parte del camino hacia la segunda prueba en las montañas. Delante de ellos se extendían bosques y un río, cruzado por dos puentes: uno entraba directamente desde la carretera, y el otro más al este. La única otra línea que atravesaba la isla era la Carretera Alta, con el acueducto que recorría mitad de la isla, pero sus arcos no eran un buen soporte para un puente de cuerda.

Tristan se acercó a los otros dos, esperando a que Francho terminara de bajarse con cuidado del misterioso techo. Parecía tener dolor, suficiente para que el ladrón considerara ofrecerle algo para aliviarlo antes de que comenzaran a marchar otra vez. Probablemente extracto de belladona, bien diluido en agua.

“Como pueden ver,” dirigió Yong a los demás, “hemos avanzado con buen ritmo, pero aún tardaremos días en llegar cerca de la Prueba de las Ruinas.”

“¿Cómo sabemos que el dibujo es preciso?” preguntó Lan.

“Es una copia del mapa que los infanzones utilizarán,” respondió Sarai. “No aceptarían menos.”

murmuros de acuerdo. Algunos parecían querer preguntar cómo ella había conseguido eso, pero ninguno se atrevió, flanqueados por ambos lados por los dos. Lo cual había sido exactamente el propósito.

“Así que solo tenemos que avanzar en línea recta hasta llegar allí,” encogió los hombros Felis. “Parece bastante sencillo.”

“Eso no funcionará,” dijo Tristan, ignorando el ceño fruncido del hombre. “Los mantos negros nos dijeron que los cultistas del Ojo Rojo estarán en alerta, seguramente vigilan el puente principal.

Iríamos directo a una emboscada.”

“Esa escarificada malaní llevó a su grupo hacia el camino del norte,” señaló Franchó. “Parece creer que podría funcionar.”

“No sabemos si permanecieron en ese sendero,” señaló Sarai.

“Incluso si lo hicieron, tienen suficiente pólvora y armas para atravesar cualquier resistencia,” dijo Lan. “ están armados y entrenados, Gordo. Nosotros ni de lejos estaríamos igual en una pelea.”

Hizo una pausa.

“Además, no solo los vacíos son motivo de preocupación,” continuó. “Tupoc Xical estará al acecho.”

Los ojos de Tristan se estrecharon y el rostro de Yong se volvió grave.

“¿Y cómo sabes eso exactamente?” preguntó el exsoldado.

“Porque mi hermana y yo le ofrecimos información sucia sobre la mitad de ustedes a cambio de que nos llevase a salvo al segundo juicio,” admitió sin ninguna vergüenza. “Nos rechazó sin dudar. ¿Por qué creen que sucede eso?”

Seis respuestas diferentes surgieron en seis rostros distintos, pero la más sincera fue la primera en pronunciarse.

“Porque no cree que vivamos lo suficiente para ser dignos de su conocimiento,” dijo Vanesa en voz baja, quitándose las gafas para limpiarlas con su camisa.

Hablaba con una certeza cansada, como alguien que el mundo ya la ha decepcionado tantas veces que ya ni siquiera puede enfadarse. Aines se riñó nerviosa, el sonido agudo.

“Estás loca,” dijo. “¿Qué sentido tendría? No es que haya límites para cuántas personas puedan llegar al segundo juicio. Maximizas sus beneficios, matándonos solo lo retrasarías.”

“Salvo que,” dijo Tristan en voz baja, “en realidad no se trate de nosotras. Se trate de lo que puede comprar con nosotras.”

Encontró la mirada de la gemela solitaria y coincidieron.

“Eso es lo que crees, ¿verdad, Lan? Que quiere vendernos al culto del Ojo Rojo a cambio de poder llegar sin obstáculos al segundo juicio.”

“Es lo que más encaja,” respondió la portavoz de Meng. “Por qué reunió solo a un pequeño grupo, por qué no cree que valga la pena negociar con alguien: ya tiene otro acuerdo en mente, uno que no involucra luchar contra el Ojo Rojo.”

“Eso son tonterías,” resopló Felis. “Todos están preocupados sin motivo. El muchacho no hará ninguna de esas locuras: los mantos negros lo expulsarían de los juicios si intentara negociar con salvajes.”

“No hay reglas, Felis,” le recordó Sarai. “Solo supervivencia.”

“El Vigilante tiene una larga historia de pactar con seres oscuros contra otros seres oscuros,” afirmó Franchó, mordiéndose el labio. “Una necesidad, cuando sus deberes los alejan tanto de la luz del Esplendor. Hasta podrían aprobarlo.”

Y Tristan apretó los dientes porque, en el fondo, ¿qué tan difícil podría ser para el Vigilante expulsar al Ojo Rojo de la isla? El Dominio era una tierra salvaje, árida y sin dominio, pero no tan grande como para que dos mil hombres no pudieran despejarla en unos meses. Entonces, ¿por qué no lo habían hecho? Porque estas son tierras de prueba, pensó el ladrón. Porque quieren ver si podemos hacer tratos con seres oscuros sin quemarnos, porque la crueldad no es un accidente, sino la razón por la que todavía usan esta isla. Quienes se unieron al Vigilante en las pruebas no fueron enviados a campamentos de entrenamiento, lo había oído decir, no fueron sometidos a golpes ni sermones, ni mimados.

Fueron incorporados de inmediato en las filas, con un manto negro colocado sobre sus hombros, y Tristan empezaba a entender por qué.

—Solo hay una opción —explicó Yong, rompiendo el silencio—. Desde ahora debemos apartarnos del camino y tomar una ruta que no esperen. Lo demás significa la muerte.

El ladrón pensaba que había demasiados enemigos en demasiados lugares. Su instinto era deslizarse sigilosamente, encontrar un paso discreto, pero ese no era el Distrito de Araturo. Él no era la rata aquí, conociendo las calles como la palma de su mano; ellos sí. Los atraparían antes de llegar a su destino, y a diferencia de su tierra natal, no podían esconderse tras una refriega entre la Hoja y — ¿o sí?

—Vamos directo al segundo puente —dijo Tristan—, atravesando la hierba alta y los bosques.

Las miradas se dirigieron hacia él.

—Es probable que esperen que evitemos el camino principal —advirtió Yong.

—De todas formas, vigilarán todos los puentes —replicó el ladrón, negando con la cabeza—. Tienen las suficientes tropas para ello, Sarai y yo lo hemos calculado.

Su conversación junto a los muelles no se olvidó tan pronto.

—Es cierto —asintió ella, erguida—. Deberían contar con varios cientos de guerreros, al menos.

—Dioses misericordiosos —exclamó Felis, resoplando—. Que se ahorre los excesos de pose y bravatas. No hemos visto un hollow, ¿y tú cómo lo sabes?

—¿Y cuál es entonces el sentido de apuntar al puente del este? —preguntó Lan, con franqueza—.

El hombre de mediana edad no se atrevió a mirarla directamente, temeroso de su impacto.

—El capitán de la Guardia los llama la secta del Ojo Rojo, pero ¿realmente lo son? —preguntó Tristan—. Una sola entidad, quiero decir. Son bandas de guerra, no un ejército. Como aquellos que toman los desafíos.

—Crees que también están divididos —dijo lentamente Yong.

—Son ladrones de diferentes posadas, todos tras el mismo botín —comentó el ladrón—. No comparten información ni colaboran. Sin duda, son una secta, pero ¿eso significa que todos están de su lado? Los dioses no los bendecirán dos veces por el mismo sacrificio.

—Una teoría interesante, sin duda —dijo Francho con delicadeza—, pero solo eso.

—No —intervino Sarai, sacudiendo la cabeza—. Tiene razón. Recuerda el puesto de avanzada, la cantidad de centinelas que viste. La capitana Crestina dijo que perdió la mitad de su ejército, así que dobla esa cifra. ¿Cuántos son en total?

—¿Cincuenta, tal vez sesenta hombres? —preguntó Aines.

Al escuchar eso, se sorprendieron y ella simplemente se encogió de hombros.

—Me dio curiosidad antes de que llegara la capitana, quería ver si podía aprovechar el tiempo —explicó.

Mientras buscaba soldados con quien apostar, Tristan traducía, y de paso, calculaba cuántos había alrededor.

—Eso no sería suficiente para defender sus almacenes si doscientos hollows intentaran un asalto, por muy mal armados que estén —señaló Yong—. No con el bosque tan cercano. Eso indica que la guarnición de la Guardia no espera una gran cantidad de enemigos.

—Entonces, vamos corriendo hacia el puente del este —repitió Tristan—, y luego nos ocultamos.

Lan soltó una pequeña risa aguda, rápida como siempre.

—Y cuando la banda que vigila ese puente vea que no llega nadie —dijo ella—, pensará que fuimos al otro. Que sus rivales se quedaron con todos los sacrificios.

—Entonces, cuando reduzcan su número para investigar o se vayan sin más —comenzó Tristan, con tono sugerente—, cruzamos.

—Y corremos tan rápido como podamos hacia la Prueba de las Ruinas —finalizó Sarai.

Eso, pensó con una pizca de satisfacción, sonaba como un plan. Quizá no el más astuto ni el más elaborado, pero uno que podría funcionar. Y aunque podía ver que no todos estaban convencidos, que algunos pensaban que los acabaría matando a todos, nadie levantó la voz en contra. No por amor a lo que se había dicho, pensó, sino por la falta de algo mejor que ofrecer. Nadie creía realmente que pudieran llegar al otro puente lo suficientemente rápido para evitar una pelea.

Y una pelea que, sin duda alguna, perderían.

La tripulación se dispersó después, cada uno yéndose a descansar por el resto de su descanso y a atender sus pertenencias. Él subió de nuevo a la azotea para coger su bolso, acomodándose en el borde, igual que lo había hecho Francho antes. Estirándose perezosamente, Tristan soltó un suspiro. No estaba acostumbrado a caminatas tan largas. Robar requería más resistencia mental que física. Tomó un último trago de su odre de agua y comenzó a repararse, tirando de las cuerdas sueltas de su camisa de lana. Luego se abrochó la chaqueta, cuyos largos puños y largo que llegaba hasta las rodillas delataban que era ropa de rata, aunque la lana estuviera teñida de gris. Los Infanzones y los ricos, imitando a su elite, preferían jubones sin mangas más cortos, considerándolo solo para cuando viajaban. Algunas costuras en la espalda empezaban a estar delgadas, notó Tristan al tirar de la chaqueta. La había tenido dos años y, aunque había sido cuidadoso, su uso frecuente la estaba desgastando.

Agarrando su tricorne, aún satisfecho con el hallazgo—siempre había gustado de cómo lucían en los marineros malani—, el ladrón notó que Vanesa se le acercaba desde un lado. La sencilla camisa de lino y los pantalones de la anciana eran elementos tradicionales de la Ciudad, desde las Brumas hasta los puertos, pero su vestido rojo le decía que había sido alguien de recursos superiores. También lo hacían sus gafas y su reloj de bolsillo, ambos valían varios meses de salario de un laborante común. Eso generaba preguntas, al igual que la forma en que Vanesa a veces parecía casi desinteresada en sus intentos de pasar las pruebas. ¿Qué la había llevado al Dominio, sino la desesperación? Había una historia ahí, si él quería indagarla.

"Extiende tu brazo", dijo la anciana, señalando el suyo izquierdo.

Ocultando su cautela, obedeció. Ella se inclinó un poco hacia adelante y empezó a palpar meticulosamente la parte trasera de su manga.

"Polvo y hollín", le dijo Vanesa cuando terminó. "Los chicos jamás piensan en mirar detrás, mi hijo es igual".

Habiendo sido poco cuidado por madre en muchos años—Abuela quizás era lo suficientemente vieja como para ser su abuela, pero su sangre era más fría que la de un cocodrilo—, Tristan se sorprendió tanto que le costó responder. Tosió en su puño y cambió de tema.

"¿Tienes hijos?", preguntó.

"Solo uno", dijo Vanesa con nostalgia. "Supongo que tienes unos dieciséis, ¿no? Ahora tiene el doble de esa edad".

"Diceocho", respondió Tristan con sarcasmo. "Simplemente no logro dejarme crecer una barba".

"Mi esposo tampoco pudo", le sonrió. "No por falta de intentarlo".

Viudo, pero su hijo todavía vive, anotó Tristan mentalmente. ¿La habían abandonado por una deuda de ultratumba? Las leyes de las deudas en Sacromonte eran de las más severas del Trebian Sea—la esposa o el esposo compartían la deuda del otro, los hijos las de sus padres y, si la propiedad era compartida, incluso los hermanos podían quedar atrapados. Tristan pensaba en la mejor manera de preguntar sobre su oficio sin ser demasiado directo, cuando fue interrumpido por un grito asustado. Sacando su cuchillo, el ladrón giró para descubrir que había sido Francho quien había causado el susto. El viejo erudito descansaba contra el lateral de la azotea semi-enterrada, una mano apoyada en la piedra y su cuerpo desgastado temblando.

Al no percibir peligro inminente, Tristan guardó la daga. Aunque aquel grito... mordiéndose el interior de la mejilla, el ladrón tomó su pistola y su cuerno de polvo. Todavía sin balas, pero quizás pronto. Nadie podía saber qué advertencia podría haber recibido aquel ruido.

"¿Qué es ese escándalo?" gritó Felis.

Los ojos de Francho rodaron en su cabeza aunque Tristan se acercaba a él, aunque parecía no estar en dolor. Antes de que el ladrón pudiera hablar, el anciano arrebató su mano, el cuello brillando con sudor mientras seguía temblando.

"Debemos irnos," dijo el anciano, y empezó a toser con dificultad en su mano. "Ahora."

"¿Por qué?" dijo Yong con serenidad. "¿Qué hiciste?"

"Contrato," dijo Sarai. "Usó un contrato."

No era una pregunta.

"El piedra," balbuceó Francho. "Me habla. Voces antiguas. Cuanto más fuerte el recuerdo, más fuerte la voz."

"¿Y qué te dijeron?" preguntó Tristan, una sombra de temor creciendo en su interior.

"Hay un altar abajo," dijo el sabio, con voz temblorosa. "Sacrificial. Y ahí viven vacíos."

Aines gritó, y si no lo hubiera hecho, Tristan habría muerto. Se volvió hacia ella, vio a los hombres salir de la hierba alta, pero también el brillo del acero bajo la luz de las linternas. Una flecha, a medio camino de su garganta, y todo lo que pudo hacer fue confiar en la suerte. Bebió con rapidez y profundidad, el ritmo en sus oídos era tan fuerte como un grito, y vio que las plumas de la flecha se desgarraban. Falló por muy poco, abriendo su chaqueta mientras la muerte lo evitaba por los pelos. Sin dudarlo, se arrojó al suelo justo cuando otra flecha silbaba sobre su cabeza, apretando los dientes y dejando que la suerte fluyera. Escuchó el clic demasiado tarde, no lo bastante rápido como para rodar cuando la pistola cargada con pólvora explotó a su lado.

Gritando con voz ronca, la lanzó al aire y se frotó las quemaduras que atravesaron su camisa; el ladrón tragó un gemido de dolor y se levantó. Todo el infierno allí había estallado.

Yong atravesó a un hombre alto y pálido —pálido como leche, con barba y cabello alocado— con un disparo antes de lanzar la carabina a un lado, sacando su espada mientras un hombre corpulento con malla de cadenas, levantando un hacha, se acercaba para enfrentarlo. Pero los otros no iban tan bien. Una flecha había alcanzado a Francho en el costado, y aunque Vanesa fue a ayudarlo, dos vacíos se acercaban con lanza y maza. Otro permanecía en la hierba, tensando la cuerda de su ballesta, aunque su mirada estaba dirigida a... Lan, quien corría hacia la oscuridad. Debía haber otro, portando la segunda ballesta, pero Tristan no vio rastro de ninguno.

¿Debería huir? No, sería una muerte aún más lenta. Nunca llegaría solo a cruzar los puentes. Tristan apretó su daga, aún mareado por las quemaduras.

"Felis, Aines," gritó Yong, apartando brevemente la vista de su lucha, "silencien la ballesta. ¡No dejen que dispare otra vez!"

Sin esperar a ver si obedecerían, Tristan se lanzó con rapidez. No hacia ellos, sino hacia los hombres de cabello gris, justo a tiempo para ver a Vanesa siendo empujada al suelo por un hombre delgado, cubierto con una túnica gruesa acolchada. Tristan se agachó bajo el golpe de la otra vacía, un bastardo con ojos grandes y mirada lasciva, y el asta de la maza rebotó en su costado. Frunciendo el ceño—eso le dejaría un hematoma—, deslizó su daga entre las costillas de la vacía delgada. O intentó hacerlo, resbalando contra una placa metálica bajo la túnica y cortando más cerca del riñón. Se apartó lo más rápido posible, con el rostro firme. La oportunidad había estado en eliminar a uno desde el principio, y ahora iba a girarse contra él.

"¡Ve," gritó Tristan a la vieja pareja, "yo—"

Se apartó de nuevo al machete, su manejo desviado, pero el otro hueco acertó con precisión. La empuñadura de la lanza golpeó su hombro, obligándolo a arrodillarse mientras gritaba de dolor. El ladrón escondió su cuchillo, preparándose para lanzar, pero el machete volvió a balancearse y entonces se oyó un estallido, como un chasquido. Un frescor recorrió su rostro cuando los ojos del cultista quedaron vacíos. Su rostro, marcado con elípticas rojas — ojos rojos, pensó — se relajó y su golpe perdió fuerza. Tristan retrocedió, levantándose mientras apuntaba, mientras el cultista de la lanza rompía el trance del otro con un empujón. No con suficiente rapidez: el ladrón giró su muñeca, hundiendo el cuchillo hasta el fondo en la garganta del portador del machete.

El otro gritó con desesperación, corriendo con su lanza, pero incluso cuando Tristan sacó el cuchillo que había reclamado en los astilleros, escuchó otro suave estallido. Desde el rabillo del ojo, vio los dedos de Sarai arañando el aire en otro Signo. También vio un destello y gritó una advertencia justo a tiempo. Ella se apartó antes de que la saeta de la ballesta la atravesara por la espalda y Tristan sintió un fragmento de alivio justo antes de que el cultista, ya no aturdido, lo embistiera de espaldas. Tristan cayó, volteó sobre su espalda y solo entendió por qué no había sido atravesado cuando el hueco siguió avanzando hacia Sarai. Los Signos eran más peligrosos que una rata con un cuchillo.

Con los dientes apretados, se levantó y saltó contra la espalda del cultista. Ambos rodaron por el suelo, sobre Sarai, que gritaba y apuñalaba con su cuchillo al hueco a ciegas, pero solo lograba cortar el acolchado. Tristan intentó bloquear los brazos del hombre, los tres luchando como

gusanos. El hueco era más fuerte que él, maldito bastardo, y con una fuerza que casi frustró la suya, atrapó la mano de Sarai. El culto mantuvo la daga bajada y le apretó la garganta mientras ella luchaba por trazar un Signo en su rostro. Tristan dejó de sujetar y usó sus pulgares para arañar los ojos del hueco. El hombre gritó, lo suficientemente fuerte como para que el ladrón no escuchara el silbido de la saeta. Solo la pura suerte salvó su vida, cuando el cultista lo empujó hacia atrás antes de que la flecha atravesara su pecho.

El hueco se apartó de ellos aullando de dolor, una mano sobre su rostro ahora humeante y la otra arañando el rostro de Sarai.

El oscuro se quitó los velos y la máscara, revelando un rostro pálido como el suyo, y el corazón de Tristan dio un vuelco. Se levantó de nuevo, cansado y agotado, justo a tiempo para ver al hueco sacar un cuchillo largo y — y morir, cuando la hoja de Yong atravesó hasta la mitad su cuello. El exsoldado lo arrancó, empujando el cadáver con un puntapié, mientras inspeccionaba con mirada fija los alrededores. Yong parecía completamente imperturbable, sin una mota de suciedad ni sudor en su rostro: solo unos pocos mechones de su coleta se habían soltado. Tristan tragó saliva, incorporándose mientras miraba a su alrededor. La pareja casada había matado al portador de la ballesta a quien perseguían, a un costo. Aines tenía un ojo morado en ascenso y Felis un balín roto en el brazo.

El propio oponente de Yong, el hombre corpulento con armadura, yacía en un charco de su propia sangre.

"Darkling," dijo tranquilamente Tianxi, observando a Sarai.

"No soy," respondió ella con cautela, levantándose lentamente.

Su cabello era oscuro y largo, pensó Tristan, sus ojos de un tono azul más pálido de lo que había imaginado. Era un rostro anguloso el que había revelado, con barbilla puntiaguda y pómulos altos.

—¿Qué más podrías ser? —dijo Aines nerviosa—. ¿Estuviste trabajando con ellos todo este tiempo, Sarai? ¿Es por eso que nos emboscaron?

Tristan reflexionó, entonces, sobre la conversación que tuvieron junto a la orilla, cuando los marineros sacaban las cajas del Bluebell. Una frase que pensó inocente, pero que tal vez no lo era en realidad. A Malani le encanta usar objetos de escaso valor en el norte —dijo ella—. Casi como si hubiera estado allí, con sus propios ojos. Y ella quizás no sea Malani, pero hay otra gente viviendo en el extremo norte.

—No creo que lo sea —afirmó Tristan.

Buscó su pistola y la encontró tirada en el suelo, a unos pocos pasos de distancia.

—Ella peleó con nosotros, casi muere —asintió Vanesa, sujetándose las costillas—. No podría haber estado trabajando con ellos.

—Quiero decir, no creo que sea una oscuridad —dijo el ladrón, sacudiendo la cabeza.

Recogió su pistola relicario, abrió el compartimiento secreto y reveló el fragmento de cuarzo rhadamántico. Su débil resplandor llamó la atención de todos, incluida Sarai, y Tristan hizo una demostración de ocultar la pieza en la palma de su mano. Al cruzar su mirada, se la lanzó suavemente. Ella la atrapó sin pestañear, luego se quitó uno de sus guantes y colocó la piedra contra su palma desnuda.

La piel pálida no se quemó con el contacto directo del Resplandor.

—Eres de las colonias Malani —habló Francho en un tono fascinado, rompiendo el silencio—. Las tierras bajo la Puerta Rota.

—Así es —concedió Sarai—, muy lejos de casa.

—Entonces eres una esclava —bufó Felis—. ¿Qué demonios haces intentando ingresar a la Guardia?

A juzgar por la expresión de Sarai, esa conversación podía haber llegado a un tono desagradable, pero Yong intervino antes de que la cosa se agravara.

—Ella no es una oscuridad, eso es lo único que importa —dijo el Tianxi—. Hemos perdido bastante tiempo en esto, debemos vendar nuestras heridas y partir.

—Dioses, necesitamos descansar —respondió Aines horrorizada—. ¿Después de todo esto? Los vencimos, tenemos tiempo.

—No —dijo Tristan en voz baja—. No tenemos. Seiscientos tiros de ballesta y solo uno fue silenciado. Alguien escapó.

Eso significaba que el culto del Ojo Rojo los había encontrado, y si no huían con rapidez, todos estarían muertos.